**LA SOMBRA**

En una mesa de una taberna olvidada tres hombres fijan su mirada sin levantar la voz. En otras mesas, veinte almas trataban de escuchar, en vano, su conversación. El lugar estaba bien escogido y el tabernero bien pagado. Verían cuanto quisieran ver pero esa noche no cobrarían por obtener información.

“Con gusto pago los buenos servicios mas a cambio de maravedíes tres cosas pido yo: sinceridad, lealtad y valor. No contrataré a nadie en quién no pueda confiar. Deseo conocer vuestro nombre y vuestra historia antes de comenzar”.

No veo por qué os haya de dar mi nombre si no me lo dáis vos –respondió una voz joven cuyo negro sombrero ocultaba todo de su rostro salvo la sonrisa–. Pero no tengo inconveniente en contaros mi historia. O parte de ella, al menos. Habláis de sinceridad, lealtad y valor. Y bien me parece pero también para vos. La sinceridad y el valor se poseen pero la lealtad se gana, mi señor. Y también os la pido a vos. Como mi maestro –dijo señalando al hombre que tenía a su lado, que se hacía llamar “dos dagas”–, no diré ni nombres ni lugares. ¿En estas condiciones aceptáis mi proposición?

Acepto, de momento. Pero decidme, al menos, como puedo llamaros a vos.

Yo soy la sombra, nunca verás mi rostro pero podrás escuchar mi voz. Estoy en todas partes y en ninguna y por eso puedo escucharos a vos. Azul como los mares es la sangre que por mis venas fluye y esa sangre por su misma sangre se vertió. Pues ha de saber vuestra gracia que mi alma carga con el peso de la traición. Mi hermano –¡mi propio hermano!– me robó en una sola noche mi herencia, mi vida y mi amor.

Explicaos, os lo ruego. Hacedme el favor.

Yo soy –o era, más bien, pues sombra soy de lo que fui– el primogénito de mi padre y, como tal, el heredero natural de todas sus posesiones, bienes y honor. Estaba prometido con una virtuosa doncella de alta alcurnia y nos amábamos, a pesar de nuestra condición. Mi padre y mi hermano –o eso creía– aprobaban la relación. La boda estaba ya concertada cuando sucedió lo peor. Por mi propio hermano acusado fui de traidor. Sin defensa, sin auxilio, fui llevado a prisión. Y allí, sin juicio, se me condenó. Las pruebas, todas falsas, eran graves y yo me temí lo peor. Por historia, sangre y tradición pertenecía al antiguo régimen y todas las pruebas me acusaban de traidor. Pertenecer al nuevo orden no era lo peor. Dijeron que pretendía la muerte de mi padre para provocar una revolución.

¿Y qué sucedió?

Que fui condenado a muerte y “dos dagas” me salvó. No me preguntéis cómo pero oyó contar mi historia a algunos que me tenían por justo y los creyó. Consiguió entrar en prisión cuando la guardia era más baja y me liberó. Le conté entera mi historia y me creyó. Entonces no lo entendía pero me hizo prometer que tan sólo para el bien usaría cuanto él me enseñó. Y así lo hice, con una sola excepción, que bien conoce: llegado el día mataré al verdadero traidor. Sí, “dos dagas” me enseñó a usar todo tipo de armas. Una maneja más todas las conoce.

Sin embargo –dijo dos dagas– la espada y la daga es lo que a él se le da mejor.

Vendo mi espada pero no mi alma –dijo la sombra–. Y no siempre al mejor postor. Por respeto a mi maestro, si trabajamos juntos, nunca camino junto a un usurpador. Y si la empresa requiere que entreguemos el alma de alguno de ellos a su Creador, más barata sea para vuestra gracia la acción. Pero tampoco tolero la injusticia contra el inocente o menor. Si vuestra gracia hiciera algo semejante, si no le mata “dos dagas”, se lo aseguro, lo haré yo. Cuídese de las sombras.

¿Por siempre seréis mercenario?

Por siempre espero que no. Un día, no muy lejano, yo estaré en el lugar de vos. Cuando haya reunido suficientes maravedíes contrataré hombres suficientes para llevar a cabo mi acción. O mi espalda recibe una daga o mi espada atraviesa al traidor. Sí la Providencia lo dispone primero cobraré mi venganza y después, ¿quién sabe? Quizá Iberia recuperará su honor. Sí, un día, no muy lejano, esta espada a mi hermano le atravesará el corazón. Para eso he vivido, para eso he luchado, para eso, si lo desea, le ofrezco mis servicios hoy a vos.

Necesito meditarlo. Caso de necesitarlo, ¿dónde puedo encontrarlo?

Caso de necesitarme no podrá ver mi rostro –dijo sonriendo– pero escuchará mi voz.

**BREVE DESCRIPCIÓN DE “LA SOMBRA”**

Este personaje viste todo de negro: ropas negras, capa negra, sombrero negro y pluma negra. Tan sólo una cruz blanca en forma de espada rompe el color. En cierto sentido, es todo lo contrario que “dos espadas”: alto, fuerte y robusto. Oculta siempre su rostro tras su sombrero pero siempre, siempre, siempre se le ve sonriendo. Incluso en combate, lo que acaba llenando de pavor a sus enemigos.

Es zurdo. En su mano izquierda porta una espada con hermosa filigrana y en la mano derecha una daga. La espada, a todas luces, es de alta alcurnia. Su maestro, “dos dagas”, la “rescató”. Ni uno ni otro han revelado jamás cuán alta es la cuna de “la sombra”.

Es extraordinariamente hábil cuando lucha con las dos armas juntas. Su apariencia produce temor entre sus enemigos pero, en realidad, pese a su rencor y deseos de venganza, su corazón no es tan negro como el color de su capa. Excepto en lo referente a su hermano, claro está.

Si lo requiere la ocasión, la daga puede arrojarla casi con tanta precisión como “dos dagas”. Pero tampoco gusta de las armas de fuego, aunque sepa usarlas.

Me imagino a “la sombra” con los brazos extendidos, daga y espada, el rostro parcialmente oscurecido por el sombrero pero siempre sonriendo, como en un constante desafío. La blanca cruz visible sobre fondo negro, que también podría ser en algunas zonas como azul oscuro.

Nota: Además de la nota al personaje anterior, mientras escribía, se me ocurrió lo siguiente. Es posible que la “sombra”, de hecho, ya disponga de los hombres de los que dice carecer. Es posible que, en realidad, no fuese realmente la “sombra” quien sostuviera la conversación con la persona que lo quería contratar, sino uno que se hacía pasar por él mientras “la sombra”, en lo oculto y sin ser visto, escuchaba la conversación.

De hecho, se podría hacer hasta una pequeña facción (o un subgrupo dentro de los mercenarios, por ejemplo), que se podría llamar “la sombra y la daga”. Excepto “dos dagas”, todos vestirían como la “sombra” sin que nadie, en realidad, supiera, quién de todos ellos es la verdadera sombra. Ninguno llevaría armas de fuego. Pero alguno podría llevar dagas semejantes a las de “dos dagas” (al fin y al cabo, es el maestro de todos), o alguna ballesta. En fin, armas que no hiciesen ruido y permitieran el sigilo. Todos tendrían algún tipo de ventaja en el combate nocturno (pasando desapercibidos en los primeros instantes, siendo más difíciles de detectar). Por contra, la armadura de la mayoría de ellos no podría ser muy buena porque algo demasiado pesado impide el sigilo.

Por otro lado, todos tendrían algún tipo de ventaja contra los usurpadores (con los que no se podrían juntar, claro está). Y podrían trabajar con cualquier otra facción, incluso con los miembros del nuevo orden (a la “sombra” –a la verdadera “sombra”, se entiende–, le interesa tener gente infiltrada entre ellos para disponer de toda la información posible antes de reclamar lo que es suyo.